

# A una tierra, a un amigo

La Mancha es dureza, sequedad, paisaje. Todo el mundo sabe (es un lugar común) que la Mancha es llanura, una llanura esteparia. Es inútil buscar en ella rincones dulces, selváticos o ensañadores; no los hallaréis. Aquí el amor tiene que dar la cara a pecho descubierto y sin antifaz. La llanura no sabe de rodeos, no tiene afición de atajos; es sábana y, cuando hay suerte, cuadrícula.

Y no obstante, se puede afirmar que la Mancha es paisaje. Más aún: la Mancha es uno de los paisajes más personalísimos del mundo. La Mancha deja de ser tierra para meterse en lo hondo del hombre, en busca de su alma. Parodiando al sabio se podría decir: «nadie se enfrente a ella si no trae alma». El paisaje manchego lo constituye sobre todo (y podría afirmarse que exclusivamente) el hombre. Hay que ir a él, hay que tomarle el pulso si se quiere percibir aliento de grandeza humana.

Dureza, sequedad... y amor. Un amor tremendo, sublime y desesperado, propio de un dios abatido. Mirad el rostro de un manchego y reparad en él; estudiadlo detenidamente y hallaréis impreso en sus rasgos todo lo que en el hombre merece verdaderamente la pena. En su cuerpo tieso y adusto, de caminar grave y lento, en su piel reseca y amojamada, en su mirada señorial y un poco indiferente, en su anatomía tantas veces cadavérica... Fijaos en ese cadáver viviente y comprenderéis muchas cosas, os

situaréis a dos palmos de la Gran Tragedia, de la tragedia humana. Ángel y bestia, señor y esclavo, grandeza y sumisión, amor y protesta. En una palabra, espíritu, humanidad.

Si, contemplándole, vuestra alma se estremece, felicitaos por ello, porque habréis intuido el doloroso secreto de la Creación, os habréis situado cara a cara con la Eternidad.

Pero esto (reconozcámoslo humildemente) no se debe al hombre, al manchego en sí. ¡Hay tantos hombres y en tantos sitios! Todo esto se debe a la Mancha, que se mete dentro de sus habitantes y configura sus cuerpos y sus espíritus, dándoles esa apariencia de grecos redivivos, tan sugestiva y trascendente.

En la Mancha hay de todo o casi todo, bueno y malo, con suerte varia, como es propio en tierras de duro y fecundo batallar. En la Mancha hay artistas. Con personalidad, con una personalidad inconfundible. No podría ser de otro modo en estas tierras.

¿Hará falta decir que el arte es constante búsqueda de perfección, lucha a brazo partido con la oscuridad, amor trágico, inquietud de amor? No hay ni puede haber artista sin amor. Un amor ancho, de dimensión cósmica y humana. Para él, el arte no es ni puede ser un pasatiempo, una simple droga contra el aburrimiento. Para él, su obra es un mensaje de trascendencia inapreciable. Se ve a sí mismo como